



Alberto Sarmiento

“Carlos de Sigüenza y Góngora”

p. 543-572

*Historiografía mexicana. Volumen II. La creación de una imagen propia. La tradición española*  
*Tomo 1: Historiografía civil*

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Rosa Camelo y Patricia Escandón (coordinación del volumen II)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2012

660 p.

ISBN-10 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN-13 978-968-36-4992-2 (obra completa)

ISBN-13 978-607-02-3388-3 (volumen II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317\\_0201/historiografia\\_civil.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_0201/historiografia_civil.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

ALBERTO SARMIENTO\*

### DATOS BIOGRÁFICOS

La biografía de don Carlos de Sigüenza y Góngora ha atraído el interés de diversos historiadores y diletantes durante el último siglo, al recuperarse el “prestigio” de lo que fue la época barroca en Nueva España. Entre quienes investigaron las circunstancias de su vida y difundieron su obra dentro de ese esquema de recuperación del mundo barroco colonial, es notable, desde luego, la labor de Irving Leonard durante la primera mitad de esta centuria y, después de él, la de Francisco Pérez de Salazar, José Rojas Garcidueñas, Jaime Delgado, Roberto Moreno y Elías Trabulse, entre otros.

Sobresale entre los datos básicos de la existencia de este sabio mexicano el que se le catalogue siempre como polígrafo y el que no sea posible subrayar, como sustantivo de su vida, alguno de los tipos o áreas del conocimiento a que dedicó sus afanes vitales.

Poeta, geógrafo, historiador, filósofo, matemático, astrólogo, astrónomo, cronista, bibliófilo, anticuario. En suma, un erudito de tiempo completo que dedicó su vida de forma plena a adquirir conocimiento y a escribir infatigablemente, aunque, para su y nuestra mala fortuna, hayamos perdido gran parte de su obra escrita porque no tuvo los medios, según propia confesión, para dejarla impresa como hubiera y hubiésemos deseado.

Además de sus afanes científicos y humanísticos, sabemos que fue también hombre piadoso y religioso sacerdote, dedicado a múltiples trabajos para sustentar su vida diaria. De manera tal fue la variedad de sus afanes y ocupaciones que, aun cuando le dedicamos este espacio en una historia de la historiografía mexicana, no podríamos ciertamente afirmar que se trata de un historiador en sentido estricto, es decir por lo menos que él hubiese privilegiado esa faceta de su vida intelectual sobre las muchas otras que profesó a lo largo de su vida.

\* Centro Cultural Banamex.

Por lo demás, y sin pretender que hubiese profesado la historia de una manera que sólo se dio muchos años después de su muerte, importa constatar que el complejo carácter polifacético de Sigüenza fue en alguna medida común a sus contemporáneos, aunque no fueron muchos los casos de dedicación tan variada e intensa al mismo tiempo, y que esa complejidad fue también producto de que el conocimiento (científico, filosófico, artístico o religioso) se hallaba mucho más trabado en un tejido único, que el que se produjo en las centurias siguientes por medio de la especialización y por el cúmulo impresionante de información que se reunió en los subsecuentes siglos.

Como quiera que sea conviene anotar ese carácter complejo como primer rasgo de su vida y obra, porque influirá profundamente en sus actos y por lo tanto permitirá explicar aspectos de su trabajo que, desde una perspectiva contemporánea a nuestros especializados días, parecieran contradictorios o, en el mejor de los casos, llenos de “resabios” tradicionales frente a la tarea modernizadora que le hemos atribuido como científico.

Carlos de Sigüenza y Góngora nació en la ciudad de México en agosto de 1645. Hijo de un español, antiguo preceptor del príncipe Baltasar Carlos y de una parienta lejana de don Luis de Góngora y Argote. En su medio familiar se prefiguraba una situación económica poco desahogada, que corría paralela a una dedicación al conocimiento y a una refinada educación, muy por encima del promedio de los habitantes del dilatado imperio de los austrias españoles, que es el marco de referencia histórico general de la vida del sabio criollo.

Otro dato de importancia es su dedicación temprana a la religión a través del noviciado en la Compañía de Jesús, en el Colegio de San Francisco Javier en Tepozotlán, y antes en los primeros estudios en el Colegio de la Compañía en Puebla, así como un relativamente oscuro episodio en que Sigüenza es expulsado de la orden, por faltar a la obediencia de las reglas de su tiempo. Dato complementario de particular importancia para comprender el carácter y la mentalidad de Sigüenza, es su reiterado intento por ser readmitido en la Compañía de Jesús, situación que amargó su vida hasta el momento previo a su defunción, y que plantea serias dudas sobre la levedad o lo común que pudiera haber sido la falta cometida para haberlo expulsado, y no haberlo readmitido en la orden a pesar de su extendido prestigio.

De los datos de antecedentes familiares habría que destacar también que el padre de don Carlos fue en Nueva España funcionario de la Secretaría de Gobierno durante muchos años y un hombre docto en

números y cuentas, según lo ha señalado Leonard,<sup>1</sup> quien anota la importancia de este hecho en la posterior formación científica de su hijo y en su permanente cercanía a esas dos caras de la medalla del poder imperial español que fueron por siglos la Iglesia y el Estado. Como era común al medio familiar en su tiempo, otros hermanos y hermanas de don Carlos ingresaron a la vida monacal o al clero secular.

Sus biógrafos coinciden en atribuir a nuestro personaje una personalidad compleja más allá de sus muchos afanes académicos, al tiempo irascible y melancólica, generosa y violenta, racional y mística.

De sus ocupaciones cotidianas y de los trabajos con que sostuvo su vida material, cabe señalar el puesto de catedrático de matemáticas y astrología de la Real y Pontificia Universidad desde 1672, al quedar dicha cátedra vacante por la muerte de Luis Becerra Tanco; el puesto de capellán en el Hospital de Amor de Dios, desde 1682, en el que residió por el resto de su existencia, y donde alojó su extraordinaria biblioteca y colección de instrumentos científicos y documentos de la historia prehispánica y colonial, reunida con grandes trabajos a lo largo de su vida. Posteriormente llegó a ser, gracias a su diligente entrega al trabajo, jefe de capellanes en el mismo hospital, lo que mejoró sus ingresos y le permitió dedicar más tiempo a estudiar y a escribir.

Sigüenza tuvo tiempo también para hacer cierta vida de corte y lograr la amistad y correspondencia de los virreyes y arzobispos que le tocó conocer y tratar, y de personajes de las letras y de la “inteligencia” de su tiempo, como sor Juana Inés de la Cruz, fray Diego Rodríguez (quien fue su maestro en lo científico), Eusebio Francisco Kino y muchos otros.

Con el arzobispo Francisco de Aguiar y Seijas tuvo una relación de gran cercanía, no exenta de encuentros violentos que reflejan el difícil carácter de estos personajes. Para él trabajó como limosnero entre los pobres con gran dedicación.

Con sor Juana tuvo una intensa correspondencia intelectual y con el padre Kino una importante disputa científica en torno al significado de la aparición del cometa de 1680, polémica en la que brilló el conocimiento científico del sabio criollo, más moderno en su concepción del universo que su colega el jesuita austriaco, al que además de vencer en lo científico, le reprochó su conducta por haberse aprovechado de

<sup>1</sup> Irving A. Leonard, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, trad. de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984 (Vida y Pensamiento de México). De esta obra está tomada la mayor parte de los datos biográficos que se presentan en este artículo.

la extrema generosidad intelectual y social de su anfitrión novohispano, y haberse burlado de él, desautorizándolo.

Para algunos historiadores esta polémica significó el punto de inflexión de la presencia de la ciencia moderna en México,<sup>2</sup> después de medio siglo de trabajo de una sólida comunidad científica en la que destacó notablemente don Carlos. Pero también es señal de la diferente actitud que adoptaban ya por esos años los nacidos en la tierra novohispana frente a los conocimientos y actitudes “prepotentes” de los europeos. Resultado final de esa polémica es la obra científica de mayor relevancia de nuestro biografiado, y una de las más importantes de la historia de la ciencia en nuestro país, la *Libra astronómica y filosófica*, que vio la luz de la imprenta hasta 1690 gracias al generoso apoyo económico de un amigo de don Carlos.

Sigüenza ocupó también desde 1680 el cargo de cosmógrafo real, cuyos contenidos prácticos en astronomía, agrimensura, cartografía, ingeniería y mecánica lo llevaron a elaborar múltiples mapas y lunarios y a establecer con precisión la longitud de la ciudad de México. Todos estos conocimientos se vincularían a lo largo de su vida con lo que consideramos su obra como historiador, en la que desde luego influyó su relación con los Ixtlixóchitl, a quienes debió el contar con documentos de primera mano que afectaron su manera de ver la temática indígena.

En 1692 tuvo lugar un acontecimiento central en la actividad de Sigüenza alrededor de la historia. Con motivo de la escasez y carestía de granos, producto de fenómenos naturales y del acaparamiento, se dio un motín de indios en la ciudad de México, con graves consecuencias al alterarse el orden e incendiarse palacio. Don Carlos dio muestra entonces de su profundo compromiso con los documentos que se guardaban en el archivo, testimonios insustituibles de nuestro pasado, y acudió a salvarlos del fuego arriesgando su integridad física en ello. Por otro lado, escribió una larga carta al almirante Andrés de Pez, en la que describió el motín y lo comentó actuando como cronista de hechos sociales contemporáneos y emitiendo, en ésa, juicios y proposiciones sobre los indios de su momento.

En los últimos años de su vida participó en la expedición que se organizó bajo el mando de Andrés de Pez para explorar la bahía de Pensacola (1693), a la que dio el nombre de Santa María de Galve y

<sup>2</sup> Elías Trabulse, *Ciencia y religión en el siglo XVII*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1974 (Nueva Serie, 18). Ésta es una de las tesis centrales de esta obra de Trabulse.

que recomendó como centro estratégico a reforzar militarmente y a poblar, para impedir el avance de los franceses en la región.

A su vuelta a México, ciudad de la que había salido bastante poco, comenzó el declive de su salud física y experimentó el dolor moral de la muerte de sus amigos, como sor Juana y de su hermano Francisco. Tuvo que hacer frente también a las críticas que recibió su informe sobre Pensacola de parte de Andrés de Arriola, quien desestimó sus observaciones y conclusiones.

En 1696 recibió una pensión de la Universidad y en 1699 fue nombrado corrector general de libros de la Inquisición. En su testamento anunció la causa de su muerte y pidió se estudiara su cuerpo inerte para beneficio de la ciencia. Como dice Francisco Pérez de Salazar, en ese testamento “vació franca y honradamente los secretos de su conciencia, buscando compensación a los agravios que había causado, justificándose a la vez de las calumnias en que le habían envuelto sus contrarios, legando a cada amigo un recuerdo y ordenando a cada santo de su devoción una manda piadosa”.<sup>3</sup>

Legó la mayor parte de su biblioteca a la Compañía de Jesús, y su deceso tuvo lugar en la ciudad de México el 22 de agosto de 1700. Trabulse señala que donó sus libros y su colección de documentos e instrumentos “entre mil condiciones, reservas, precauciones, el —sin exagerar— objeto de muchas horas de cuidados, desvelos, gastos, búsquedas”.<sup>4</sup>

Su biblioteca y su colección fueron quizá más el centro de sus afanes vitales, que el resto de las múltiples actividades que llevó a cabo siempre alrededor de ellas, incluida la historia. Pero a pesar de los “candados” que puso a su donación, su dispersión es una de las grandes tragedias de la cultura de nuestro país, que Trabulse ha documentado con precisión.<sup>5</sup>

## OBRA

De las notas sobre su biografía que hemos presentado brevemente, para describir los rasgos esenciales de una vida realmente emblemática de lo que fue el pensamiento del siglo XVII mexicano en su segunda mitad, se desprende que no es fácil catalogar a Sigüenza como un historiador,

<sup>3</sup> Citado por Elías Trabulse, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1988, p. 18.

<sup>4</sup> *Idem.*

<sup>5</sup> *Ibid., passim.*

como si esa especialización de su vastísimo quehacer vital hubiese tenido relevancia especial en su vida. Más bien, por el contrario, al revisar su obra y los rasgos básicos de su personalidad, lo que notamos es que no descuella su obra como historiador de entre las demás, y que su característica más sobresaliente fue, en realidad, la de un bibliófilo empedernido y coleccionista de antigüedades, documentos y objetos relacionados con el pasado y la ciencia mexicanos.

A esta circunstancia hay que sumar el hecho lamentable de que las principales obras de carácter histórico de su producción escrita se perdieron, a pesar de que fue extremadamente cuidadoso en su testamento al donar la mayor parte de su biblioteca.

Como ya se ha mencionado, Elías Trabulse ha documentado con gran erudición esa magna pérdida, tanto de las obras de Sigüenza como de otros tesoros de nuestra historia que guardaba en su biblioteca del Hospital de Amor de Dios. Comenta este autor que: “Al estudiar su obra impresa y la que sabemos que nos dejó manuscrita, sorprende el contraste entre la riqueza de los documentos y testimonios que poseyó, y la naturaleza de lo que nos legó en sus escritos, que si bien no carecen de valor ni mucho menos, difícilmente podemos decir que sean un reflejo completo de los tesoros que acumuló”.<sup>6</sup>

En juicios como éste coinciden otros historiadores como E. J. Burrus o como José Fernando Ramírez, quien dijo de Sigüenza:

la corona que ciñó como humanista se marchitó con su siglo. Hoy se conserva esa parte de sus producciones como objeto de curiosidad, o bien como ejemplo para no imitarlo, suerte común a la generalidad de sus contemporáneos. Todo lo que pudo sernos útil, esto es, lo relativo a la historia nacional ha desaparecido, salvo los apuntes conservados en el *Viaje*, de Gemelli Carreri, y alguna otra friolera, bien que si aquellos son obra suya y debemos juzgarlo por ella, habrá sido una fortuna para la conservación del buen nombre del autor la pérdida de los otros.<sup>7</sup>

Comentarios como éste fueron hechos por diversos autores en el siglo pasado, cuando no se valoraba estilísticamente el siglo barroco por excelencia. Sin embargo, de que a partir de los trabajos de Leonard, Pérez de Salazar y de otros se le fue revalorando, persiste la idea de que el trabajo que conocemos de Sigüenza como historiador no refleja realmente lo que había reunido tanto del pasado prehispánico como del colonial.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 127.



La pérdida de obras de Sigüenza se debió a que la mayor parte de sus escritos no fueron impresos mientras el vivió, y a que, con el paso del tiempo, se fueron dispersando sus textos, los que además fueron víctimas de los enemigos que el frágil papel tiene en contra, cuando no se cuenta con medios adecuados de conservación.

De las obras perdidas destacan sobre todo (si es que acaso realmente fueron todas escritas por Sigüenza, ya que existen serias dudas al respecto) las relativas a sus esfuerzos por recuperar el pasado prehispánico, adaptando su cronología a la del calendario cristiano occidental, que era la mejor manera de hacerles entrar en la historia universal y hacerles perder el carácter mítico que hasta entonces tuvieron en parte.

Cuatro de esas obras, citadísimas pero que nunca fueron vistas en realidad, son el *Tratado de la ciclografía mexicana*, el *Imperio chichimeco fundado en la América Septentrional*, la *Genealogía de los emperadores mexicanos* y el *Teatro de las grandezas de México*. Otras obras extrañadas, pero de las que tenemos alguna referencia en resúmenes hechos para otros trabajos, o en obras de otros autores cercanos intelectualmente a Sigüenza y que probablemente trabajaron juntos, como es el caso del jesuita Manuel Duarte,<sup>8</sup> son: el *Fénix de Occidente*, que era una biografía de san Felipe de Jesús, el *Calendario indígena* y la *Genealogía de emperadores*, incluida en el *Lunario de 1681*, y el *Cómputo cronológico de los indios mexicanos*, del bachiller Manuel de los Santos, y del que probablemente sean de Sigüenza las tablas cronológicas que deben haber sido el núcleo del *Tratado de la ciclografía* perdido.<sup>9</sup>

Queda por comentar la *Noticia chronologica del imperio mexicano*, que fue publicada en 1948, como si fuese apunte o borrador de una obra titulada *Teatro de la Iglesia Metropolitana de México*. Jaime Delgado<sup>10</sup> ha probado que fue en realidad parte de una obra mayor que se perdió y que subsiste sólo en un fragmento copiado por Veytia. Por último, debe señalarse que también se considera perdida una *Historia de la provincia carolina*, que Sigüenza habría escrito a partir de unas cartas que al respecto le enviara el padre Damián Mazanet y que de alguna manera están contenidas en el *Trofeo de la justicia española*.

En lo que respecta a las obras que sí hemos conservado de Sigüenza, antes de pasar a hacer un breve recorrido por cada una de ellas señalando sus características principales, haremos un sucinto recuento

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>10</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Piedad heroyca de don Fernando Cortés*, edición y estudio por Jaime Delgado, Madrid, José Porrúa Turanzas Editor, 1960 (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 7), p. 72 y s.



de los rasgos principales de Sigüenza como historiador, hecha la salvedad de que en Nueva España de su tiempo, la historia no era una especialidad separada del resto del conocimiento humanístico, que abarcaba lo que hoy entendemos como conocimiento cultural, que incluye lo religioso y lo filosófico y en más de un modo lo científico, el que fue quizá el primer conocimiento que se separó del resto del *corpus* que manejaban los “intelectuales” de aquellos años.

Quienes han leído a Sigüenza y han criticado su obra han coincidido en que se trata de un autor de una época de transición, en el que se encuentran tanto elementos de lo que conocemos como la cultura tradicional religiosa de su momento, como elementos de lo que llamamos la primera modernidad novohispana. Lamentablemente, la mayoría de los autores supone que Sigüenza debió haberse desprendido de los que hoy vemos como “resabios” tradicionalistas, pero que él no veía así, sino como una faceta sustancial de su concepción del mundo.

El triunfo posterior del mecanicismo como paradigma científico y de la modernidad en todos los aspectos de la vida, sobre todo durante el siglo XVIII, han influido notablemente en la valoración negativa de la cultura de ese siglo en Nueva España, como supuestamente incapaz de ser plenamente moderna, juzgando a los autores novohispanos con criterios que no fueron los imperantes en su contexto. Sigüenza no sólo no ha sido exceptuado de esa crítica sino que la ha recibido con más fuerza, por ser quizá prácticamente el único en su tiempo que aceptó e impulsó los modos y las ideas de autores europeos modernos. Ante esa capacidad de acercarse por el lado de la ciencia a la modernidad, se le critica especialmente que fuese como un Jano que con dos caras ve al mismo tiempo hacia adelante y hacia atrás. Aun quienes sólo describen esta situación sin emitir juicios al respecto, parecen valorar más en Sigüenza lo que creemos tenía de moderno, que lo que refleja el complicado mundo espiritual y cultural en que vivió don Carlos.

Reflejo de esa dicotomía es, por ejemplo, la enorme diferencia de lenguajes que Sigüenza maneja. Es difícil comprender la complejidad mental necesaria para dominar al mismo tiempo el exacto y elegante lenguaje numérico de las matemáticas, y el oscuro y prolijo uso del castellano en sus textos de historia o de poesía. Pero el uso de lenguajes tan distintos, según la materia de que se trate, no nos autoriza a suponer o pensar que Sigüenza debió decidirse por alguno de ellos, y no por ambos dependiendo de lo que quería expresar.

Otros rasgos complementarios de su vida nos confirman en la idea de esta personalidad compleja, en la que no hay por qué juzgar cada parte con medidas diferentes. Así, Sigüenza es por un lado coleccionista de documentos, pero también escritor a partir de ellos o, de plano,

escritor sin más en lo literario, a través de la poesía y en la que podría considerarse la primera novela hispanoamericana; es un intelectual teórico en su desempeño como catedrático de matemáticas y astrología, pero también es, en alguna ocasión de su vida, un viajero experto en cálculos y medidas y formulación de planos y mapas, o en la determinación de posiciones geográficas hechas con la exactitud de sus mediciones del cometa de 1680, que tanto nombre le dieron más allá de las fronteras de Nueva España; es capaz de la mayor credulidad religiosa conforme a los cánones de una época, que acepta con naturalidad el milagro y los hechos maravillosos, que sobrepasan la regulación natural del universo, pero es también un acucioso investigador en archivos, que se preocupa por hacernos saber dónde no ha tenido tiempo o suerte de encontrar las pruebas documentales de determinadas aseveraciones y es también dado a la experiencia, como prueba irrefutable de las cosas que afirma.

Sigüenza tiene un tono notablemente moderno si se le compara con los cronistas de las órdenes religiosas que fueron sus contemporáneos, pero tiene un tono tradicional muy dado a la credulidad y al elogio de la religión y de la Corona (y del virrey), si, por el contrario, se le compara con algunos escépticos europeos de su momento.

Como historiador Sigüenza tiene además muchas facetas. De las obras que han llegado hasta nuestros días y de las que conocemos de su existencia aunque se encuentren perdidas, podemos afirmar que el amplio abanico de sus opciones como narrador de historias van desde el sencillo recuento de anticuario hasta el narrador de una historia verídica novelada como lo son los *Infortunios* de Alonso Ramírez; pasando por la labor informal de cronista de los hechos de su presente histórico (por ejemplo la relación sobre el motín de 1692) o de las hazañas de la reconquista de Nuevo México o del triunfo de la Armada Española de Barlovento contra los franceses en las aguas del Caribe, y por la faceta de historiador de instituciones conventuales, cronista de expediciones, hagiógrafo de innumerables candidatos a santos y santas que se manejaban en la vida cotidiana de Nueva España y biógrafo de personajes de relevancia como Hernán Cortés, vinculados a instituciones religiosas o de beneficencia.

Los rasgos más destacados considerados “negativos”, en cualquiera de esas maneras de abordar lo que hoy llamamos el trabajo de historiador, son, en el caso de Sigüenza, el que no haya sido autor de una teoría de la historia, y que no haya filosofado sobre ella de una manera formal, sino siempre al paso de comentarios concretos en sus obras. Al igual que en su faceta de científico, Sigüenza hizo aportaciones importantes en la documentación y el esclarecimiento de nuestro pasado, pero

no se convirtió en el propugnador de la modernidad crítica, a través de la elaboración de una teoría innovadora, sino aportando solamente conocimientos más firmes sobre el detalle de nuestro pasado y sobre los acontecimientos de importancia que le tocó vivir y narrar.

Sin embargo, de sus comentarios aislados a lo largo de sus páginas de historia, queda la convicción de que Sigüenza ejercía la crítica con un sentido muy moderno, abjurando no de las autoridades establecidas, sino de la autoridad *per se*, aquella que no se toma la molestia de justificar o probar sus aseveraciones.

Si como científico fue un extraordinario y acucioso observador, como cronista y biógrafo estuvo siempre atento a referir las fuentes en que se basaba y a comentarlas con diversa amplitud. Pero fue particularmente cuidadoso en explicitar aquellos casos de maravillas y milagros o de la vida de quienes los efectuaban, y de los que por falta de tiempo, o por no existir dichos documentos, no podía tener prueba documental de ninguna clase.

En todas estas obras hay una reiterada intención de narrar sobre la base de documentos y testimonios y apegándose a la verdad de lo investigado. Don Carlos anota siempre de dónde proceden sus datos y confiesa su ignorancia o la imposibilidad de verificar ciertas informaciones, a pesar de haberse esforzado en ello, cuando lo que afirma no le consta. Esta actitud moderna, por la que reduce al mínimo y con grandes reticencias sus citas a autoridades, sean clásicas, bíblicas o contemporáneas, contrasta para nosotros por la facilidad con que narra historias extraordinarias de milagros y hechos excepcionales, sin detenerse a documentarlos de la manera en que lo hace con los hechos y la vida, digamos, cotidiana. Es indispensable afirmar que su dedicación a la ciencia lo hizo crítico de la información que recogía sobre los hechos naturales, humanos o no, pero que no afectó ese otro rasgo de su personalidad, en la que, como buen cristiano de su tiempo y religioso, conservó y fomentó la creencia en los hechos sobrenaturales.

Sigüenza es un historiador que tiene una clara postura en sus crónicas en favor de la Corona española y de sus representantes en América, y que toma partido por España en los conflictos internacionales de su tiempo. Sigüenza, asimismo, considera que la misión de España en el mundo es de carácter providencial y ésa es la base para opinar sobre los acontecimientos que narra, reflejando en los españoles todas las virtudes de la, para él, única religión verdadera y, en sus enemigos, todos los defectos morales que acompañan, no a quienes simplemente tienen ambiciones de poder, sino a quienes lo hacen guiados por una falsa concepción de la religión. Debemos recordar que a pesar de la relativa “autonomía” que parece haber tenido Nueva España del siglo XVII,

con respecto a la metrópoli española, la pertenencia a la república de españoles significaba, para un criollo como don Carlos, la necesidad de ser fiel al rey y la religión que justificaba la presencia de los españoles en América.

Este rasgo hace fuerte contraste con la permanente presencia de un orgullo criollo por la tierra novohispana, que hace que Sigüenza haga continuas referencias a la patria propia, y que se le haya considerado como uno de los iniciadores del sentimiento nacionalista de los criollos, que fructificará en el siglo XVIII. Su guadalupanismo ferviente es uno de los rasgos más característicos de esta nueva manera cultural de los criollos frente a los europeos. Sin embargo, el criollismo de Sigüenza no lo lleva a enfrentar las maneras de la madre patria y no es un nacionalismo en plenitud y en oposición al imperio, sino que es un orgullo positivo que no se contrapone a aceptar las grandezas del imperio español de su momento, aun cuando éste comenzaba a dar muestras de su franco agotamiento.

La fidelidad a Dios y a la Corona son rasgos definitorios del carácter criollo del momento, aunque en la vida cotidiana, incluida la política de corte y conventual de esos años, haya muestras claras del enfrentamiento entre grupos, que poco a poco se van distinguiendo y separando.

Esa fidelidad y el providencialismo que lo caracterizan no son obstáculos para que dedique gran parte de su vida a recopilar documentos de los antiguos mexicanos y para que, en otro signo del criollismo naciente, intente por primera vez con seriedad de científico que la historia asuma el pasado prehispánico por la vía de ajustar los calendarios y cronologías y, haciendo uso de sus vastos saberes astrológicos y astronómicos, insertar, con la precisión posible entonces, el pasado mesoamericano en la cronología occidental. Lo que Sigüenza hizo por ese pasado prehispánico fue la obra más importante al respecto en su tiempo. Llegó al extremo de asumirlos como modelo de las virtudes políticas que debería tener un príncipe cristiano, haciendo malabares para permitirse una licencia tan grande, sin dejar de condenar la gentilidad de los indios. Al volverlos modelo de virtudes en su *Teatro de virtudes políticas*, completó su obra de inserción calendárica, al equiparar a los indios de América con las culturas clásicas grecorromanas. Lo mismo hará en otras muchas obras donde son frecuentes las comparaciones entre nuestro pasado prehispánico y el grecolatino, sin demérito alguno para los indios americanos.

Sin embargo, muy otra es su visión de sus contemporáneos indígenas. Este tema es uno de los más debatidos acerca de la compleja personalidad histórica de don Carlos, quien fue capaz de revalorar a los indios del pasado, pero que siguió tratando con dureza a los de su

propio presente, según se ve en su relato sobre el motín de 1692. Roberto Moreno de los Arcos<sup>11</sup> ha trasladado o sublimado esta cuestión al afirmar que el problema de Sigüenza no era con los indios como tales, sino como parte de las clases bajas o de la plebe, que él los vería como desdeñables por ser miserables. Esta apreciación no resuelve el tema de fondo de la diferente percepción que Sigüenza tiene de ambos grupos de indígenas porque convierte un prejuicio étnico en uno social.

Cabe por último afirmar que su providencialismo y su credulidad en lo milagroso tienen un límite importante en cuanto se refieren a historiar fenómenos de la naturaleza. Aún en su obra científica no histórica sobre el cometa de 1680, en Sigüenza se impone la observación y la experiencia y sus mediciones sobre las tradicionales ideas de la gente común (que incluían en este caso a la virreina y muy probablemente al virrey) sobre el carácter maléfico de la aparición de los cometas. Pero, donde más claro tenemos una prueba de esa mirada del hombre superior al vulgo por sus conocimientos científicos, es al describir el eclipse que acompañó a los fenómenos de inundaciones, sequías y pestes que concluyeron en los graves disturbios de 1692:

En estas cosas se llegó el día veinte y tres de agosto en que, según lo habían prevenido los almanaques y pronósticos, se eclipsaba el Sol. Si Vmd. supiera alguna cosa de astronomía le dijera aquí, con sus propios términos, mil cosas buenas y primorosas que observé ese día, de ser no sólo total, sino uno de los mayores que ha visto el mundo. Se siguió que, a muy poco más de las ocho y tres cuartos de la mañana, nos quedamos, no a buena, sino a malas noches, porque ninguna habrá sido, en comparación de las tinieblas en que, por el tiempo de casi medio cuarto de hora, nos hallamos más horrorosa. Como no se esperaba tanto como esto, al mismo instante que faltó la luz, cayéndose las aves que iban volando, aullando los perros, gritando las mujeres y los muchachos, desamparando las indias los puestos en que vendían en la plaza fruta, verdura y otras menudencias, por entrarse a toda carrera en la catedral, y tocándose a rogativa al mismo instante, no sólo en ella, sino en las más iglesias de la ciudad, se causó de todo tan repentina confusión y alboroto que causaban grima.

Yo, en ese ínterin, en extremo alegre y dándole a Dios gracias repetidas por haberme concedido ver lo que sucede en un determinado lugar

<sup>11</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe Alboroto y motín de los indios de México*, pról. de Roberto Moreno de los Arcos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades-Miguel Ángel Porrúa, 1986 (Biblioteca Mexicana de Escritores Políticos), p. XLIII-XLV.

tan de tarde en tarde [...] que estuve con mi cuadrante y antejo de larga vista contemplando el Sol.<sup>12</sup>

Para concluir con este breve recuento de los rasgos centrales de la obra histórica de Sigüenza, cabe recordar su continua referencia a la verdad y a su búsqueda permanente de la misma. Para Laura Benítez,<sup>13</sup> la verdad es en Sigüenza de un doble carácter: evidente y testimonial, y cita un conocido texto de Sigüenza sobre la objetividad, que es parte de su relación sobre el *Alboroto y motín de los indios de 1692*:

El que mira un objeto interpuesto entre él y los ojos un vidrio verde, de necesidad por teñirse las especies que el objeto envía en el color del vidrio que está intermedio, lo verá verde. Los anteojos que yo uso son muy diáfanos, porque viviendo apartadísimo de pretensiones y no faltándome nada porque nada tengo, sería en mí muy culpable que así no fueran, conque acertando que no hay medios que me tiñan las especies de lo que cuidadosamente he visto y aquí diré, desde luego me prometo aún de los que de nada se pagan y lo censuran todo, el que darán asenso a mis palabras por muy verídicas.<sup>14</sup>

Esa verdad objetiva que Sigüenza pretende poseer le es útil para criticar a la autoridad, particularmente en su obra *Libra astronómica...* donde reiteradamente se refiere a la verdad y a la autoridad: “quien tiene entendimiento y discurso jamás se gobierna por autoridades si les faltan a estas autoridades las congruencias” (*Libra...*, p. 40, n. 76), “Y siendo Aristóteles jurado príncipe de los filósofos, que ha tantos siglos lo siguen con tan estimable aprecio y veneración, no merece asenso cuando se opusieren sus dictámenes a la verdad y a la razón” (*Libra...*, p. 69-70, n. 132).<sup>15</sup>

Para Sigüenza la historia debe mostrar esa verdad de la misma manera que la ciencia lo hace con la naturaleza y dejar testimonio de lo ocurrido, a fin de que en lo futuro se tomen en cuenta los hechos relatados con veracidad. Como un elemento más de la compleja personalidad histórica de Sigüenza, debe señalarse que representó la manera barroca del ser novohispano con gran plenitud, pues fue capaz del providencialismo y la credulidad, al tiempo que proclamaba la verdad objetiva que nos dan los testimonios y de creer en el avance del conocimiento, aunque reservado a los humanos del futuro.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 172 y s.

<sup>13</sup> Laura Benítez Grobet, *La idea de historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1982, p. 78 y s.

<sup>14</sup> Sigüenza, *Teatro...*, p. 152.

<sup>15</sup> Benítez, *op. cit.*, p. 49.



Con todas estas complejidades que han solido verse sólo como contradicciones, puede afirmarse que don Carlos pertenece a una generación de transición que asiste, encabezada por él en lo intelectual, al final de una época de la historia del pensamiento occidental y a la transformación radical del concepto que el hombre tenía del mundo físico que lo rodeaba, así como de la realidad política universal en la que España y su imperio perderán la conducción hegemónica.

Antes de pasar al recuento de las obras en que se manifiesta más claramente el pensamiento histórico de Sigüenza, conviene decir que nuestro autor vivió y fue protagonista de la formación de lo que se ha llamado la cultura mexicana, como diferente de la indígena y la española. En muchos sentidos esa diferencia cultural, que cobrará más clara forma política durante la centuria siguiente, puede percibirse en el lenguaje barroco y en el tono de las palabras usadas por Sigüenza, más que en los contenidos que compartió en mucho con sus contemporáneos.

#### OBRAS DE CARÁCTER HISTÓRICO

Del recuento de obras que de Sigüenza presenta Jaime Delgado en su estudio introductorio a la *Piedad heroica*, entresacamos las que de alguna forma contienen trabajo de historiador. (Todas las impresas, publicadas en México, salvo que se especifique lo contrario, y citadas sin utilizar el título completo.)

#### *Obras publicadas en vida*

1. *Primavera indiana*, 1668
2. *Panegírico [...] al Exmo sr. don Tomás de la Cerda [...]*, 1680
3. *Glorias de Querétaro*, 1680
4. *Lunario para el año de 1681*, 1680
5. *Teatro de virtudes políticas*, 1680
7. *Triunfo parténico*, 1683
8. *Paráiso occidental*, 1684
9. *Relación de lo sucedido a la armada de Barlovento*, 1691
10. *Trofeo de la justicia española en el castigo de la alevosía francesa*, 1691
11. *Mercurio Volante [...]*, Amberes, 1693



*Obras publicadas después de su muerte*

1. *Oriental planeta evangélico*, 1700
2. *Piedad heroica de don Fernando Cortés*, 1700-1743
3. *Alboroto y motín de los indios de México*, 1932
4. *Noticia cronológica de los reyes, emperadores, gobernantes, presidentes y virreyes de esta Ciudad de México*, 1948.
5. *Informe sobre el castillo de San Juan de Ulúa*, 1958

*Obras inéditas terminadas, inconclusas, perdidas  
o que no se sabe ciertamente si las escribió*

1. Fénix de Occidente
2. Imperio chichimeco fundado en la América Septentrional
3. Tratado de ciclografía mexicana
4. Historia de la Provincia Carolina
5. Genealogía de los emperadores mexicanos
6. Vida del venerable arzobispo de México don Alonso de Cuevas Dávalos
7. Historia de la Real Universidad de México
8. Teatro de la Santa Iglesia Metropolitana de México
9. Tribunal histórico
10. Un fragmento de la historia antigua de los indios con estampas
11. Calendario de los meses y fiestas mexicanos
12. Anotaciones críticas a la obra de Bernal Díaz del Castillo
13. Una obra sobre el gobierno del virrey conde de Galve
14. Teatro de las grandezas de México

## COMENTARIOS SOBRE ALGUNAS OBRAS DE CARÁCTER HISTÓRICO

De las obras enumeradas con anticipación hemos seleccionado las de mayor relevancia por sus contenidos históricos, aquellas por tanto en que se refleja la personalidad polifacética de Sigüenza como historiador, para hacer unos breves comentarios sobre su estructura y sobre su contenido así como en lo que se refiere a las ideas de Sigüenza respecto de la historia.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Quien requiera noticia precisa sobre lo que sabemos del destino de las obras perdidas de Sigüenza, véase Trubulse, *Los manuscritos...*, *passim*.

### Piedad heroica de don Fernando Cortés

Esta obra debió ser publicada entre 1700 y 1743, sin que hasta la fecha haya podido precisarse el dato. Un ejemplar fue descubierto y utilizado por Alamán, quien lo halló en La Profesa. Se editó de nuevo en 1897 por Nicolás León en *La Semana Católica* y luego ha tenido cuatro ediciones más hasta la de 1960 en Madrid, con estudio introductorio de Jaime Delgado, de quien están tomadas las referencias que aquí se presentan.

Las ediciones conocidas son incompletas y aun a la de 1960 le faltan la portada y el final, por lo que entre las cosas que ignoramos sobre la obra se encuentra incluso el título completo y la fecha original de edición. Por el análisis del texto se deduce que debió ser escrita entre 1688 y 1693 y que pudo ser parte del proyecto de una obra mayor no terminada.

Para la comprensión de Sigüenza como historiador es especialmente importante, ya que, a pesar de no tratarse de una obra extensa, está llena de informaciones históricas de interés para conocer los temas y las reflexiones que ocupaban la mayor atención de nuestro personaje.

Aunque se refiere a diversos temas puede afirmarse que el eje central de la obra es la fundación e historia del Hospital de la Inmaculada Concepción (Hospital de Jesús), fundación testamentaria del conquistador Hernán Cortés.

En esta obra Sigüenza demuestra la antigüedad del hospital, concreta el lugar de su primitiva fundación y describe el edificio desde un punto de vista funcional, pero también desde el artístico. Es prolijo en el detalle del personal que asistía y formaba el hospital y de su operación.

Relata algunos casos extraordinarios ocurridos en el hospital y aporta noticias importantes sobre la llegada de los jesuitas a México; sobre el primitivo local de la Universidad; sobre la vida de Bernardino Álvarez y del bachiller Antonio Calderón Benavides, y precisa el sitio en que debieron ocurrir los hechos de la entrevista entre Juan Diego y el obispo Zumárraga y, por tanto, el momento de la impresión de la imagen de la guadalupana en el ayate del indio.

De entre los rasgos más destacables de esta obra y que le hacen ocupar un lugar relevante en la bibliografía de Sigüenza, debemos señalar, en concordancia con lo expresado por Jaime Delgado, que contiene una riquísima crítica documental, pues respalda cada afirmación con documentos —pero sin abundar en las citas tradicionales en este tipo de obras en su momento— y que su objetivo central fue dar

a conocer los hechos del pasado, con la mayor información y precisión posibles, sobre la base de lo que nuestro autor consideraba una fehaciente veracidad, sin distinguir en ello las diferencias que hoy encontramos entre los hechos materiales, económicos, políticos o sociales que describe Sigüenza, junto a la narración de hechos milagrosos o excepcionales a los que, de acuerdo con la mentalidad común en su tiempo, concede fácilmente credibilidad.

Destaca en relación con otras obras de Sigüenza, el uso de un estilo directo y relativamente sencillo, sin las digresiones características del barroco, o haciendo un uso mínimo de ellas. Para el común del resto de la obra del sabio novohispano, podría hablarse incluso de un estilo austero, con las citas precisas, tanto de autoridades clásicas como cristianas. Su concepción moderna del conocimiento y de la crítica que lo hace posible se manifiesta claramente en esta obra a través de la cita reticente a las autoridades establecidas y de la constante referencia a la necesidad de investigar en los archivos, para perfeccionar el conocimiento sobre hechos que él confiesa no haber podido conocer profundamente a pesar de ímprobos esfuerzos.

Destaca también, como confirmación de lo dicho por diversos estudiosos de la obra de Sigüenza sobre su carácter bivalente, entre la tradición y la modernidad, y sobre su transicionalidad, la continua cercanía entre las descripciones más precisas de los hechos materiales e históricos que rodearon la conquista de México, la vida de Cortés, su enfrentamiento con los naturales y las circunstancias que dieron lugar a la creación del hospital, con la narración de los milagros o hechos extraordinarios y maravillosos ocurridos desde su fundación. La compatibilidad en un solo libro de Sigüenza entre narraciones de tan distinto carácter no es excepcional en su obra, pero sí es particularmente manifiesta en este libro la intensidad y diversidad de dos narraciones tan diferentes, pero para él y para su época perfectamente compatibles.

Su propensión moderna a la cita precisa y a la demostración por los hechos está clara en toda la primera parte del texto de la *Piedad*, en la que muestra con diversos documentos e inferencias lógicas la antigüedad de dicha fundación. A pesar de sus conclusiones, nos dice para terminar: “Esto es lo más que he podido investigar y decir de su antigüedad, quedándome con la mortificación de no individuar los años, meses y días de cada cosa y con especialidad los que pertenecen a su principio formal y a la fábrica de las partes materiales que lo componen”,<sup>17</sup> y más adelante, después de detallar extremadamente la descripción de la obra y los pormenores de la fundación, nos dice: “Todas

<sup>17</sup> Sigüenza y Góngora, *Piedad heroica...*, p. 10.

estas individualidades, aunque parezcan nimias, son necesarias para que de aquí adelante corran las Historias Mexicanas sin embarazo”.<sup>18</sup>

Otra bivalencia importante para comprender no sólo la complejidad de la mente de Sigüenza, sino la riqueza de su mundo cultural y la complejidad del mundo novohispano de su tiempo, son las citas sobre la acción permanente e intensa de la Providencia cristiana en la historia, junto con las que se refieren, a veces sobre todo en el uso de ciertas formas de nombrar las cosas, a un pasado previo al mundo cristiano que es el de la sabiduría clásica, que tanta presencia —hoy en mucho ignorada— tuvo en Nueva España a lo largo de sus tres siglos de existencia.

Sigüenza habla a veces del futuro de las personas y de las instituciones refiriéndose a él como la “estrella”, la “fama” o el “destino” sin más, y en sus palabras resuena todo el contenido grecolatino de nuestra cultura cristiana, pero que, en un momento de transición como el vivido por nuestro personaje, se contrapondrá a veces a la más “deseable” ortodoxia católica que propugnaban las autoridades. La justificación misma de la conquista y del conquistador como un héroe clásico es parte de esta cultura grecolatina inmersa en el cristianismo novohispano.<sup>19</sup>

En la *Piedad*, la Providencia tiene, como en todas las obras de Sigüenza, un papel fundamental: por un lado tenemos la explicación que nos da sobre los hechos maravillosos allí acontecidos y sobre el agradecimiento de Dios por esta fundación, triplicando en los donantes, lo que recibe para sus pobres.<sup>20</sup> La misma importancia que tiene para que se cumpla a cabalidad la voluntad testamentaria de Hernán Cortés.<sup>21</sup>

En lo que se refiere al método de Sigüenza como historiador, en la *Piedad* es de notarse su voluntad de demostrar las cosas con hechos comprobados documentalmente, y no basándose en las autoridades tradicionales. Sirva de referencia a este procedimiento la manera en que concluye el capítulo octavo: “Trabajen en adquirir noticias en los archivos los que se aplican al ejercicio de escribir historias y las hallarán mejores que las que en aquel libro servirán siempre de estropiezo a los que allí las leyeren, y sin traerlas a examen, usaren de ellas”.<sup>22</sup>

Pero especialmente interesante para conocer el procedimiento mental de Sigüenza es la manera que tiene de intercalar los hechos documentados, con silogismos probatorios de la verdad que predica,

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 23 y 29.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 44.

para regresar finalmente a los hechos o a los datos simples. Lo mismo hace con el comentario de textos, que suele también ir acompañado de un ejercicio de la más pura silogística. Ejemplo de esto lo encontramos en la parte de la obra que dedica a demostrar el lugar donde ocurrió la entrevista entre Juan Diego y Zumárraga,<sup>23</sup> cosa que hace para ilustrar a la patria, a la que desde luego será útil la digresión con que cierra el capítulo —después de asegurar que no puede haber doctrina alguna contra lo que él ha afirmado sobre el lugar de la aparición de la imagen—, y en la que asevera que el verdadero autor de la relación de las apariciones, en original mexicano, es el indio don Antonio Valeriano con algunos añadidos de mano de don Fernando de Alva, también en mexicano.<sup>24</sup>

Siguiendo con el pensamiento histórico en ella manifestado por nuestro autor, conviene anotar dos rasgos del contenido de la *Piedad* que la hacen también relevante en la producción historiográfica de don Carlos. Por un lado nuestro autor nos reitera que su dedicación a la historia tiene por objeto cumplir con la máxima clásica de guardar para el futuro la memoria de los hechos de los hombres, pero siempre con el segundo objetivo —en ningún sentido de importancia menor para el propio don Carlos— de ilustrar a su patria sobre su propio pasado. Todos los historiadores, que se han dedicado al pasado novohispano y en particular a la obra de Sigüenza, destacan la importancia que tuvo esta idea de formar el pasado de la patria criolla y de enraizarlo en la antigüedad prehispánica, en la formación de una conciencia, que en su momento se convertirá en nacional, y que comenzó por estas diferencias de carácter cultural entre lo español y lo propio de América, que en mucho tienen sus primeras manifestaciones en la obra de don Carlos.

De ello se deriva la importancia del segundo aspecto de contenido histórico de la *Piedad*, y que consiste precisamente en la visión que sobre la conquista y sobre los indios tiene el sabio criollo.

Para quienes suponen ahistóricamente que la formación de la conciencia criolla, y después mexicana, se dio de un solo golpe, porque estuviese de alguna manera como ya preestablecida y fuese únicamente cosa de descubrirla y desempolvarla, conviene revisar el carácter de la obra de don Carlos, en la que se hace evidente la lenta formación de esa diferenciación cultural, y después política, entre lo español y lo americano, y cómo esa conciencia no se basó originalmente en el rechazo de lo español, sino en una mucho más rica y compleja postura histórica que permitía valorar ambas raíces. Un criollo auténtico

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 65.

como don Carlos no renegó jamás del conquistador, ni por lo tanto del rey de España, ni de la pertenencia a un imperio, que, hasta antes del establecimiento de la dinastía borbónica en España, fue muy distinto a una metrópoli con colonias en ultramar.

En la *Piedad*, Sigüenza trata con enorme cuidado la figura del conquistador —y por comparación con otras de sus obras, la de los indios, sus antagonistas—. Citemos algunos párrafos reveladores de su postura al respecto. Al hablar de la conquista hecha por Cortés, “a cuyo valor debemos las delicias y conveniencias con que aquí se vive”,<sup>25</sup> dice:

Que en la debelación y conquista de un tan poderoso imperio como el de la Nueva España; de las muertes de tantos reyes, que dominaban en sus provincias; del manejo de los despojos que fueron consiguientes a tantas pérdidas; de haber arbitrado en la satisfacción de los que, más por intereses de su codicia que por la inmortalidad de sus nombres, cooperaron mal contentos a sus empresas, de lo que le sindicaron sujetos indignos y despreciables, en cuantos tribunales ocupaba la justicia en aquellos tiempos [...]. Encoja de hombros la admiración, calle la envidia, y aunque no necesita de ello para su crédito, pregone la fama de gente en gente lo que por digno de eterna memoria, me pareció aquí expresar como en lugar conveniente, para añadir a los elogios de su piedad y justificación [...].

Esta postura, y en especial lo referente a los indios, tendrá muy diversos tratamientos en las diferentes obras históricas de don Carlos, y harán crecer la tesis de una postura contradictoria entre la idea del indio prehispánico y la del indio su contemporáneo.

### Paraíso occidental

En este libro Sigüenza hace una historia de la fundación y de las vicisitudes por las que pasó el convento de Jesús María desde la misma; relata la vida de algunas de las monjas destacadas que lo habitaron y que considera de vida santificable, y ejerce de cronista de hechos antiguos y contemporáneos. Finalmente hace la biografía del capellán Matías de Gálvez.

Esta obra de crónica institucional, biografía y hagiografía fue escrita por don Carlos en 1684, por encargo de la institución que se proponía historiar y a la que pertenecía una de sus hermanas. Está construida con base en el estudio de los archivos del propio convento y sobre lo obtenido de información contemporánea, por medio de una

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 23.



serie de entrevistas que hizo el propio don Carlos entre los que tuvieron relación con el convento o que lo habitaban. Este tipo de fuentes le dan un carácter marcadamente histórico a la obra, que en ese sentido sería un modelo en su género entre las muchas historias y crónicas conventuales y de órdenes religiosas que pueblan la historiografía del siglo XVII novohispano.

La obra de Sigüenza participa en cierto modo de las características generales de esa historiografía religiosa, conventual y hagiográfico-apologética de su tiempo, por lo que las diferencias con esa producción de la historiografía de su momento habríamos de buscarlas más en el estilo y en el tono, que en el contenido mismo.

Un análisis detallado del *Paraíso*, en comparación con las otras crónicas referidas, podría precisar mucho de lo que se ha dicho del carácter transicional hacia la modernidad de don Carlos y de la medida en que fue un novohispano, un intelectual y un historiador o cronista relativamente asumido él mismo como tradicional, y en nada abocado a transformar la historiografía religiosa de su momento.

Al anticipar lo que sería este posible análisis, Elías Trabulse comenta:

Conviene señalar que esta obra ha sido considerada como un texto hagiográfico donde abundan los aspectos maravillosos y milagrosos propios de este tipo de narraciones, lo que según algunos autores resta valor al aspecto histórico. Sin embargo, esta apreciación dista de ser justa. En ella, Sigüenza afirma haber investigado en archivos con el fin de reconstruir la historia de ese Parayso Occidental que es el convento de Jesús María en la ciudad de México, y si bien es cierto que existen los elementos maravillosos, también es cierto que la obra contiene datos históricos de indudable valor que no encontramos en otra parte.<sup>26</sup>

Manuel Ramos y Margo Glantz, quienes prepararon y prologaron la edición facsimilar de 1995,<sup>27</sup> única que se ha hecho de esta obra después de la original, comentan que la finalidad de la misma es doble: histórica, para resguardar la memoria de los hechos acontecidos en esa institución de esta parte del mundo americano y, práctica, para informar al rey de la importancia de la fundación hecha por su ante-

<sup>26</sup> Trabulse, *Los manuscritos...*, p. 92.

<sup>27</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Parayso occidental plantado y cultivado por la liberal y benéfica mano de los muy catholicos y poderosos Reyes de España Nuestros Señores en su muy magnífico Real Convento de Jesus Maria de Mexico*, facsímil de la primera edición (México, 1684), presentación de Manuel Ramos, introducción de Margo Glantz, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras-Centro de Estudios de Historia de México Condumex, 1995.



cesor en el trono, en momentos en que era necesario justificar el apoyo regio para llevar a cabo obras indispensables en el convento.

De esta doble circunstancia se desprende lo importante que resultaba justificar el convento por sus obras y, en particular, por los beneficios que las “santas” no canonizadas produjeron con su vida de santidad, modelo a seguir para quienes continuaran viviendo en el convento y por tanto para quienes siguieran apoyándolo en lo económico y con su regia protección. La santidad era el ejemplo de la utilidad social de una institución religiosa en un mundo cultural fuertemente dominado por la ideología cristiana.

Como toda obra de encargo, Sigüenza responde con ella a los intereses de quienes la encargan, que en este caso coinciden en lo primordial con los de nuestro autor, pero que hacen que gran parte de su trabajo consista no en crear una obra nueva, sino en hilvanar los testimonios orales y escritos ya existentes sobre la institución.

La obra tiene además múltiples referencias a la vida cotidiana de su tiempo y no deja de estar enmarcada en la voluntad criolla de construir un pasado admirable desde la gentilidad<sup>28</sup> y durante la colonia, que justifican el amor a la patria que conducirá sus ideas y sus acciones. Mezcla de esa crítica social que nos refiere al terrenal mundo de su tiempo, y de la voluntad de justificar la necesidad del apoyo regio, es el párrafo de acerbos críticas a los gastos suntuosos hechos con anterioridad y al tiempo burocrático que requiere superar los obstáculos que conlleva una obra de la magnitud de la de este convento, ejemplar para Sigüenza.<sup>29</sup>

Otros datos importantes sobre la vida cotidiana, por su parte, son los relativos a la peste de 1597, entre otros muchos acerca de acontecimientos de los que no tenemos referencias precisas por otros autores y que nos permiten conocer mejor aspectos del devenir novohispano.

Destacable también dentro de la narración hagiográfica de la vida de Marina de la Cruz es la manera en que relata los pormenores de su trato con el venerable Gregorio López y la correspondencia de espíritu que había entre ellos y que era parte de la vida de Nueva España. Dice Sigüenza:<sup>30</sup>

y aunque es verdad haberse apartado totalmente de la comunicación y trato de las criaturas, no era esto [claro está] por dejar de amarlas, sino porque hallándose con el duplicado espíritu de su querido Hermano y Maestro Gregorio López, poseía en grado sumo la interior y pacífica so-

<sup>28</sup> *Ibid.*. Véase texto sobre las “vestales” prehispánicas, lib. I, cap. I del folio 1a al 4b.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 25b/26a.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 100.

edad de la alma y crecía en ella el íntimo acto de amor divino en que estaba siempre: y como entre los grados de este sea uno el absorbimiento de los sentidos [...].

Párrafos como éste reflejan la distinta manera que Sigüenza tenía de tratar lo divino en relación con lo terrenal. Él mismo lo advierte al comenzar la parte del *Paraíso* relativa a la vida de Marina: “Ya desde aquí se le previenen a mi pluma mayores vuelos, tanto más sublimes cuanto va de lo perecedero a lo perdurable y de la tierra al cielo”.<sup>31</sup> Al respecto del cuidado que pone en las afirmaciones terrenas, aun en las vinculadas de alguna manera a hechos extraordinarios, conviene leer la manera en que aborda las circunstancias en que se conocieron Marina y Gregorio López:

Más probable pudiera ser haberse contraído en la ciudad de Zacatecas esta amistad, porque asistiendo en ella la V.M. el año de 1562, no admite duda el haber llegado allí el Siervo de Dios en el mismo año [...]. Si no fue esto en aquellas minas, tampoco lo pudo ser en México en el año de 1568 [...] porque los pocos días que pasó hasta su vuelta los gastó en el convento de Santo Domingo donde posaba.<sup>32</sup>

Este párrafo muestra además la cuidadosa manera con que don Carlos trataba la información histórica, cuando no estaba completamente seguro de los datos que aportaba sobre los hechos objetivos y materiales. No así de los maravillosos o espirituales de los que no se permitía dudar.

### Teatro de virtudes políticas

Es esta otra de las obras centrales de la producción historiográfica de don Carlos, porque en ella encontramos, al decir de Rojas,<sup>33</sup> su biógrafo, muchos datos reveladores de su criterio histórico y de los rasgos quizá más característicos del autor: su amor a la patria novohispana, su barroquismo y su enorme erudición, tanto en lo que toca al humanismo y a la cultura clásica grecolatina, como a las antigüedades prehispanicas de cuyo estudio fue precursor.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>33</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Obras históricas*, ed. y pról. de José Rojas Garduñas, México, Porrúa, 1983 (Escritores Mexicanos, 2), p. XIII.

El *Teatro* fue escrito en 1680 con motivo del arco triunfal que le fue encargado a don Carlos para celebrar la entrada en la ciudad de México del nuevo virrey, don Tomás de la Cerda, marqués de la Laguna y conde de Paredes, a quien sor Juana le dedicó su *Neptuno alegórico*.

Don Carlos aprovechó la llegada del nuevo virrey para dar una lección sobre las virtudes políticas de los antiguos monarcas mexicanos, comparándolos con los romanos, y extrayendo de la etimología de sus nombres y de sus actos lecciones de política y civilidad que ponían a los mexicanos a la altura de los clásicos europeos. Las conclusiones que sobre esta manera de presentar don Carlos a los monarcas mexicas se sacaron en la posteridad, para la formación de una conciencia nacional, van más allá de lo que la obra propone.

La constante voluntad de Sigüenza por ilustrar el amor a la patria en su obra y frente a los españoles llega, en este caso, a un nivel de elaboración muy completo, en el que lo único que faltará será dar el paso para reivindicar la gentilidad de los indios. El argumento de Sigüenza es que no debemos buscar ejemplos de civilidad política fuera de nosotros si los tenemos en nuestro pasado, y que la gentilidad de los mexicas no impide este ejemplo, porque no lo ha impedido en el caso de los romanos. Así, la revaloración del mundo prehispánico es consecuencia de la revaloración hecha por el humanismo renacentista del mundo clásico, y lo único que queda por avanzar es que no se les pueda tomar como ejemplo en todo, aunque fuesen ejemplares en muchos sentidos, porque no conocieron la religión católica.

Su amor a la patria lo lleva a decir que: “¿Quién será tan desconocido a su patria que por ignorar sus historias necesite de fabulosas acciones en qué vincular sus aciertos?”,<sup>34</sup> y resalta el que se refiere a ella no por sus bondades en particular, sino por el simple hecho de ser su patria, citando a Farnesio: “Es pues la Patria una cosa saludable, su nombre es suave y nadie se preocupa de ella porque sea preclara y grande, sino porque es la Patria. Y que yo tenga obligación a ello, más que otro alguno, es por desempeñar la elección de la Empresa o Jeroglífico que para publicar mis humildes obras discurrí, del Pegaso con la disposición y el epígrafe que es notorio”.<sup>35</sup>

Recrimina incluso a los novohispanos porque no han dedicado su tiempo a describir su patria, dejando que otros extranjeros lo hagan: “pues es cierto que en aquellas partes, tan poco cursadas de nuestra

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 240.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 241.

Nación Criolla [...] el defecto es nuestro pues cuando todos nos preciamos de tan amantes de nuestras patrias, lo que de ellas se sabe se debe a extranjeras plumas”.<sup>36</sup>

Sigüenza precisa el origen de la patria criolla al tomar de la crónica de san Agustín del Perú “del docto Calancha”<sup>37</sup> las siguientes palabras “que con estos párrafos he pagado a los Indios la Patria que nos dieron y en que tantos favores nos hace el Cielo y nos tributa la tierra”.

Pareciera que el resto del *Teatro* es una reflexión sobre los dos extremos (indios y cielo) a que Calancha atribuye la grandeza de la patria criolla, pues al explicar el arco de manera cronológica y no por tablemos temáticos, dice de la grandeza de los mexicanos: “De esta imaginada sombra de buen principio se originó la grandeza y soberanía en que se encumbraron los mexicanos, mereciendo la denominación generosa de Gente grande (es decir gran pueblo) título que pudiera comprobar por muchas planas si no hubiera de sus hechos tantas historias, aunque poco leídas y no apuntara en la prosecución de este cuaderno algo”.<sup>38</sup>

De la Providencia hay reiteradas citas, no sólo en esta obra sino en el conjunto de los trabajos de don Carlos, que autorizan a pensar que en su mentalidad fueron perfectamente compatibles la defensa de un pasado propio para Nueva España junto con la glorificación de su entonces presente virreinal.

Las citas relativas al patriotismo y a la ejemplaridad de los gobernantes mexicas abarcan la mayor parte de la obra para ejemplo del nuevo virrey, y Sigüenza sólo se detiene ante la imposibilidad de justificar el paganismo como modelo. Por eso dice que los gentiles erraron el objeto pero no el culto,<sup>39</sup> y después de recordar sus acciones en defensa de su patria en peligro de ruina, y de buscar citas clásicas y bíblicas usadas para expresar la verdad de los indios, asegura que “no tienen ya los mexicanos por qué envidiar a Catón”,<sup>40</sup> que el virrey se sienta, en realidad, en el trono mexicano.<sup>41</sup> Concluye en que “de esta manera salí [como pude] del empeño en que me puso mi patria en ocasión tan grande”.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 255.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 259.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 289.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 322.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 352.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 354.

## Trofeo de la justicia española en castigo de la alevosía francesa y Relación de lo sucedido a la armada de Barvolento

Estas dos obras tienen una profunda relación porque son dos versiones de los mismos acontecimientos. Fueron escritas por don Carlos en 1691 y el *Trofeo* es en realidad una versión ampliada de la *Relación*.

El *Trofeo* se caracteriza por el uso de un estilo cortesano y barroco, en el que la narración de hechos contemporáneos al autor es utilizada para ensalzar tanto a España como al virrey y, desde luego, presenta una versión providencialista de la historia en la que la providencia de Dios actúa hasta en los mínimos detalles, en favor de las “justas” causas de los católicos españoles, aun en contra de los súbditos de otro príncipe cristiano, los franceses, a los que don Carlos llena de adjetivos para mostrarlos como injustos y aun ladrones.

Don Carlos muestra en esta obra su carácter de historiador al comenzarla describiendo los antecedentes del hecho que se propone narrar; con ello da lo que hoy llamaríamos “contexto” a su crónica de un acontecimiento que resultaba relevante para sus contemporáneos. En esta obra es particularmente claro el partido que Sigüenza toma en la crónica contemporánea que hace, utilizando frecuentemente el apelativo de “nuestros” para los españoles, contra el de los enemigos y cómo ese partido se justifica por ser los elegidos por Dios para realizar ciertas acciones. La mayor alabanza para el virrey es ver con claridad que Dios lo guía en su acción: “Que está en las manos de Dios el corazón de los que gobiernan, para inclinarlos fácilmente a lo que fuere de su agrado”.<sup>42</sup> Aquí encontramos también ese vínculo indisoluble entre religión y gobierno, al fin entre Iglesia y Estado, que se manifiesta sobre todo entre las clases altas, con una visión aristocratizante de la historia muy propia de su época y de una Nueva España que puede ser entendida como ejemplo de lo que Norbert Elias describió como la “sociedad cortesana”.

Sigüenza formaba parte importante de la corte virreinal y supo ganarse la voluntad de los virreyes y sus familias mediante obras como ésta, en las que vinculaba la grandeza del virrey a la de las acciones que emprendía por la gracia de la conducción divina.

La historia está contada de una manera maniquea, pero haciendo uso de testimonios y documentos (como el informe de Ignacio Pérez Caro al conde de Galve) que le dan solidez a un discurso claramente preestablecido, que se vale de esos testimonios para fundamentar y apoyar su enorme elocuencia, al describir los hechos que dieron la

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 129.

victoria a las armas españolas en el Caribe. No faltan las referencias, omnipresentes en Sigüenza, a la tierra propia, al calificar la de esos días como una victoria de las católicas armas americanas<sup>43</sup> y haciendo uso de un lenguaje culto, pero salpicado de refranes que lo vuelven más entrañable para sus lectores americanos.<sup>44</sup>

Es de destacar el lenguaje irónico utilizado por nuestro autor para referirse a los derrotados y la constante referencia ética, que termina por involucrar las favorables consecuencias que el acontecimiento tuvo por la presencia de Dios antes, durante y después de la batalla en favor de los españoles y de los intereses del virrey. La presencia de Dios del lado del bando de los españoles justifica, digamos, los medios utilizados. Sigüenza critica y se burla de la alevosía de los franceses, pero pasa en silencio las mañas utilizadas por los españoles.

El capítulo doce del libro incluye noticias sobre otra obra de don Carlos que no ha llegado hasta nosotros y que habla de la historia de la Provincia Carolina donde da cuenta de las fuentes que habría utilizado para describir la geografía de Texas y Luisiana y la expedición de Lasalle, así como las incursiones de los piratas en la Laguna de Términos. El libro incluye unos “Epinicios gratulatorios al conde de Galve”, hechos en ocasión de tan sonada victoria por “otros cultísimos ingenios mexicanos” y reproduce la *Relación de lo sucedido...*, que fue una especie de primera versión breve del *Trofeo*.

### Mercurio Volante

En esta pequeña obra escrita en 1693 y editada en la “imprensa de Antverpia”, dio razón don Carlos de los hechos acaecidos en la provincia de Santa Fe de Nuevo México, al recuperar los españoles esa provincia en la que se habían sublevado los indígenas.

Como en la mayor parte de los textos que hizo por encargo del virrey, por sus labores como cosmógrafo real, Sigüenza asume la crónica y descripción de los hechos adoptando el punto de vista de los españoles, a quienes supone auxiliados en sus labores por la Providencia. Destaca sin embargo en este caso la menor frecuencia en el uso de adjetivos laudatorios, porque el lenguaje utilizado es mucho más sencillo y directo que el de otras composiciones. La descripción no es sin embargo seca, porque utiliza expresiones coloquiales y documentos históricos que le dan viveza, a la detallada enumeración de aconteci-

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 148, 173.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 160, 165.

mientos de la reconquista del territorio que encabezó don Diego de Vargas Zapata y Luján.

Don Carlos explica las maquinaciones de los indígenas, quienes durante catorce años habrían planeado su ataque contra los cristianos españoles y quienes les servían. Curiosamente, considera de mayor gravedad la profanación de las iglesias y los objetos sagrados, que el que se halla quitado la vida a 21 religiosos y a cientos de indios cristianizados que los defendieron.

En la descripción de la reconquista, relata las cosas de forma que pareciera hallarse presente en los acontecimientos, y destaca la manera en que se restablece la presencia de Dios y del rey, con cristiana suavidad, y con una economía de medios digna del mayor de los elogios: “Esos fueron los efectos de esta campaña, en que sin gastar una sola onza de pólvora, o desenvainar una espada y (lo que es más digno de ponderación y de estima) sin que le costase a la Real Hacienda ni un maravedí, se reunieron al seno de la Iglesia”.<sup>45</sup>

### Alboroto y motín de los indios de México

Consiste esta obra de una carta que don Carlos envía al almirante don Andrés de Pez para darle cuenta de lo sucedido en la ciudad de México en junio de 1692, entre otros acontecimientos, y de la que se derivará el informe hecho al virrey para evitar que en lo sucesivo se dieran sucesos similares. La carta es claramente una crónica de hechos contemporáneos en los que el propio Sigüenza tuvo participación destacada al arriesgarse por salvar los documentos del archivo del fuego provocado por los amotinados.

Salpican la crónica diversos comentarios, juicios y valoraciones que hablan de la mentalidad de nuestro autor y que han provocado interpretaciones polémicas sobre su manera de entender a los indios de su tiempo. Se ha llegado a decir que ese día de junio cambió la concepción favorable que sobre ellos tenía, y que su desánimo fue tal que, prácticamente, dejó de producir, lo que es altamente improbable. Llama la atención de muchos críticos la diferente opinión que le merecían los indígenas prehispánicos, a quienes tenía en alta estima y que fueron ubicados en la historia occidental por don Carlos a través de sus trabajos de cálculos calendáricos, comparada con el desdén hacia la masa hambrienta que destruyó parte del centro de la ciudad, al sentirse engañada por autoridades y acaparadores. Como ya vimos,

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 107.



anteriormente Roberto Moreno atribuye el hecho a que don Carlos no tenía ni podía tener una visión esencialista de los indios y a que su juicio desdeñoso estaba dedicado a la plebe de la que los indios eran parte numérica relevante. Un miembro destacado de una sociedad cortesana y aristocratizante no podía haber tenido, según esta interpretación, opinión diferente de las clases bajas.

Lo interesante de la crónica, por encima de esa discusión, es que muestra a un autor preocupado de los hechos reales y cercanos que vivía y no nada más de las antigüedades de la historia indígena y de las verdades científicas de los lejanos espacios siderales. Muestra también a un ser que cree en la superioridad de su mirada científica allí donde el vulgo se siente horrorizado, como vimos anteriormente.

Don Carlos cita el dato del eclipse dentro de la serie de factores naturales, climatológicos y de diversos órdenes que antecedieron al motín. Destaca la cuidadosa narración de los acontecimientos antecedentes, por lo que nos dice de su conciencia de que la explicación histórica de los fenómenos sociales requiere una delicada operación de puesta en contexto a la que dedica numerosas páginas de su carta, justificando la actitud asumida por el virrey.

En ella reflexiona sobre los temas que hemos encontrado de mayor entidad en su pensamiento histórico. Tratando de dar objetividad a sus comentarios dice de su propio patriotismo que: “No soy tan amante de mi patria ni tan simple que me persuada a que cuanto hay y se ejecuta en ella es absolutamente lo mejor del mundo; pero aunque no he salido a peregrinar a otras tierras (harto me pesa) por lo en extremo mucho que he leído, paréceme puedo hacer concepto de lo que son y de lo que en ella se hace”.<sup>46</sup>

Como advertencia inicial de la comparación que va a hacer entre los innumerables bienes que trajo el año de 1692 y anteriores, de mano de la Providencia a través de las disposiciones del virrey, frente al desastre vivido en la ciudad de México al amotinarse los indios, dice lo siguiente:

Ser inseparable compañera de la alegría la tristeza, de la felicidad el infortunio, y de la risa el llanto, es verdad tan irrefragable que no sólo con voz entera nos la proponen uniformes las historias todas, sino que prácticamente lo advertimos cada día en los sucesos humanos. ¿Qué otra cosa fue la fatalidad lastimosa con que quedará infame por muchos siglos la noche del día ocho de junio de este año de 1692, sino llegar a lo sumo los desdenes con que comenzó la fortuna a mirar a México [...].<sup>47</sup>

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 151.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS